

to, y no sintiendo al enemigo, sin atreverse á abandonar sus fuertes por temor á una celada, se preparó para hacer una salida.

Pero también este movimiento lo previó el General Díaz, y después de haber dejado reunidas sus infanterías y la artillería, con lo cual estaba seguro de que no sufriría ataque alguno la fuerza de Figueroa, tomó la caballería y, sin proporcionarse un sólo instante de descanso, se lanzó de nuevo al rumbo de Oaxaca, llegando en la tarde á la Hacienda Blanca, en donde hizo alto.

Pertenecía esta finca de campo al Prefecto Superior Político, que era uno de los conservadores más entusiastas por el Imperio: y el administrador de la Hacienda se ocultó al llegar los republicanos; Porfirio dió orden de que buscaran á aquel empleado y que lo pasaran por las armas. Pero aquella orden era simulada, pues lo que deseaba el General era que los empleados de la Hacienda llegaran aterrorizados á Oaxaca, y contaran que allí estaba con toda su fuerza.

Este plan surtió admirablemente; Oronoz, que por algunas horas había creído que los sitiadores se habían retirado, al tener la evidencia de que el General Díaz estaba en la Blanca, temió una sorpresa, y con ese pavor de lo desconocido se encerró de nuevo en sus posiciones, permaneciendo alerta, pero inmóvil.

El valiente caudillo republicano apenas concedió á sus soldados algunas horas de descanso, mientras tomaba piensu la caballada, y á las primeras horas de la noche marchó para Etna, de donde salió á la una de la mañana del día 18, tomando el camino de Huahuchilla por La Carbonera, vía que según los exploradores traía el enemigo.

Ya en aquella marcha se había reunido á todo el resto de la fuerza.

A las doce del mismo día 18, tanto los exploradores que había mandado el General Díaz á que llegaran hasta el enemigo, como los de su descubierta, le anunciaron que los austriacos estaban al frente.

El General Díaz mandó hacer alto, y escogiendo las posiciones en donde quería dar el combate, ocupó las lomas de La Carbonera.

Un silencio profundo reinaba en toda la línea; los valientes soldados de la República sabían que ya iban á batirse con una fuerza extranjera, perfectamente armada, municionada y disciplinada; pero el entusiasmo brillaba en sus ojos, porque entonces comprendieron el plan tan hábilmente concebido por su General, y tenían fe en éste, que siempre los conducía á la victoria.

Con voz breve, sonora y brillante dió Porfirio el orden de batalla, formando la siguiente línea:

La Brigada de Figueroa, que era la más irregular y que tenía apenas unos cuantos soldados armados de fusiles, se formó en columna con la artillería y una extensa línea de tiradores á su frente, hacia la derecha.

La brigada de la Sierra, á las órdenes del Coronel Félix Díaz, ocupaba el centro teniendo también tiradores en batalla al frente. A la retaguardia de esta fuerza se situaron dos columnas de los batallones Chiautla de la brigada del Coronel González, y de Cazadores formando una fuerza de trescientos cincuenta hombres, mandados por los Tenientes coroneles Juan de la Luz Enríquez y Lorenzo Pérez Castro, á las órdenes del Jefe de Estado Mayor, Coronel Juan Espinosa y Gorostiza.

La línea quedaba allí interrumpida por el camino nacional; pero estaba éste defendido por el Coronel Manuel González con cuatro columnas de los batallones Fieles, Montaña, Guerrero y Costa Chica, teniendo á su frente la compañía de Tlajiacó en tiradores.

La izquierda, separada por dicho camino y por una barranca, adonde emboscó el General Díaz unos tiradores, estaba formada por los batallones Patria y Morelos de la brigada González.

La caballería, á las órdenes del General Ramos, ocupó la retaguardia de la línea sobre el camino nacional, que quedó despejado para que pudiese cargar aquella.

Acababa apenas de establecer su línea de combate el General Díaz, cuando desembocó el enemigo en una fuerte columna, avanzando arrogantemente.

Sin la mayor vacilación marchó á ocupar una loma situada á seiscientos metros de las posiciones de los republicanos, desplegó su columna, estableció su artillería, y rompió inmediatamente sus fuegos.

Simultáneamente organizó dos columnas de infantería que lanzó sobre la línea del centro. El choque fué terrible y por algún tiempo los combatientes quedaron envueltos en el polvo y en el humo, escuchándose apenas entre el nutridísimo fuego de la fusilería, las voces guturales de los austriacos y los gritos discordantes de nuestros indios. Al fin los imperialistas fueron rechazados, y dejando el campo regado de cadáveres, retrocedieron á reorganizarse bajo los fuegos de su artillería.

Vuelven de nuevo á avanzar las columnas austriacas apoyadas por su caballería, que cargó sobre la línea republicana con tal ímpetu, que llegó á tocarla y á introducir en ella algún desorden; pero á la voz de sus jefes los soldados de la República se reponen, desbaratan las columnas y las hacen retroceder en dispersión.

El General Díaz, sereno como siempre y dominando todo el campo, comprendió que aquel era el momento de lanzar su caballería, y así lo ordenó.

Avanzan al trote los escuadrones, pero sale á su encuentro en la mitad del camino la caballería de los imperiales, y se traba entre ambas un combate rudo, hasta que la nuestra se vé obligada á retroceder, porque en su avance recibe á quema ropa el fuego de la artillería enemiga.

Eran los momentos supremos en que la victoria estaba indecisa entre los soldados mexicanos llenos de ardor, pero mal armados, y las tropas imperiales tan superiores por su disciplina y su armamento.

El General Díaz lanzó entonces las brigadas de Figueroa y Félix Díaz que avanzaron con brío al paso de carga; pero los imperiales también habían arrojado á las luchas sus reservas, y aquellas tuvieron que detenerse en su marcha.

Entonces Porfirio hizo avanzar las fuerzas del Coronel Espinosa y las columnas de Manuel González; los austriacos al ver esto empeñaron toda su fuerza en el combate, dando una desesperada carga de caballería.

La lucha se hizo general, el fuego era horrible, y entre la nutrida crepitación de los fusiles se escuchaba el estampido constante del cañón. Los combatientes llegaron á luchar cuerpo á cuerpo, y los indios desarmados arrancaban sus fusiles á los imperiales y derribaban á éstos por el suelo.

La confusión llegó á su colmo, cuando la caballería imperialista retrocedió violentamente hecha pedazos y desordenada por los batallones Fieles y Chiautla, á la vez que las columnas de Figueroa y Díaz rebasaban la línea enemiga.

Entonces el enemigo emprendió su retirada que pronto se convirtió en una completa derrota. Una hora apenas había bastado al General Porfirio Díaz para alcanzar aquel brillante triunfo, tan hábilmente preparado y ejecutado con tanto ingenio como audacia.

Los batallones «Patria» y «Morelos» que formaban la izquierda de la línea republicana, atacaron entonces sobre la izquierda el flanco derecho de los austriacos que, no pudiendo ya resistir más, comenzaron á huir en completo desorden.

El General Díaz ocupó el campo enemigo y ordenó la persecución, que se hizo de un trayecto de cuatro leguas, en el cual los imperialistas dejaron regados su armamento, su artillería, municiones y equipajes.

Aquel largo espacio quedó sembrado de muertos y heridos.

Por fin las tropas republicanas volvieron vencedoras á las posesiones que habían conquistado, trayendo prisionera casi toda la infantería enemiga y los cañones, monturas y fusiles quitados á los austriacos.

El General Díaz, firme en su caballo de batalla, saludaba á aquellos valientes hijos del pueblo que lo vitoreaban, que se agrupaban en torno de él aclamándolo, y que en su sencillez republicana ignoraban que habían dado una fecha inmortal en la historia patria con el triunfo espléndido de la Carbonera."

#### Parte Oficial.

"Ciudadano Ministro:  
Después de la acción de Miahuatlán, el 3 del corriente, de que

he dado á Ud. parte, marché á Oaxaca que se hallaba sitiada por el Coronel C. Félix Díaz; perfeccioné el sitio, y después de once días y en momentos en que había determinado un asalto, supe que una columna de 1,500 hombres de las tres armas venían en auxilio de los sitiados. Abandoné á éstos y rápidamente salí sobre la expresada columna, la encontré en el paraje llamado «La Carbonera» hoy á las doce del día. Comenzamos á combatir á la una con tenacidad y valor por ambas partes: son las siete de la noche y me encuentro en el paraje «Las Minas» después de tres leguas de persecución al enemigo, teniendo en mi poder 396 prisioneros austriacos, polacos y húngaros; de ellos siete son oficiales. Tengo también 4 piezas rayadas de montaña, más de 600 carabinas y un buen surtido de municiones de ambas armas, costándome todo esto algunas pérdidas lamentables.

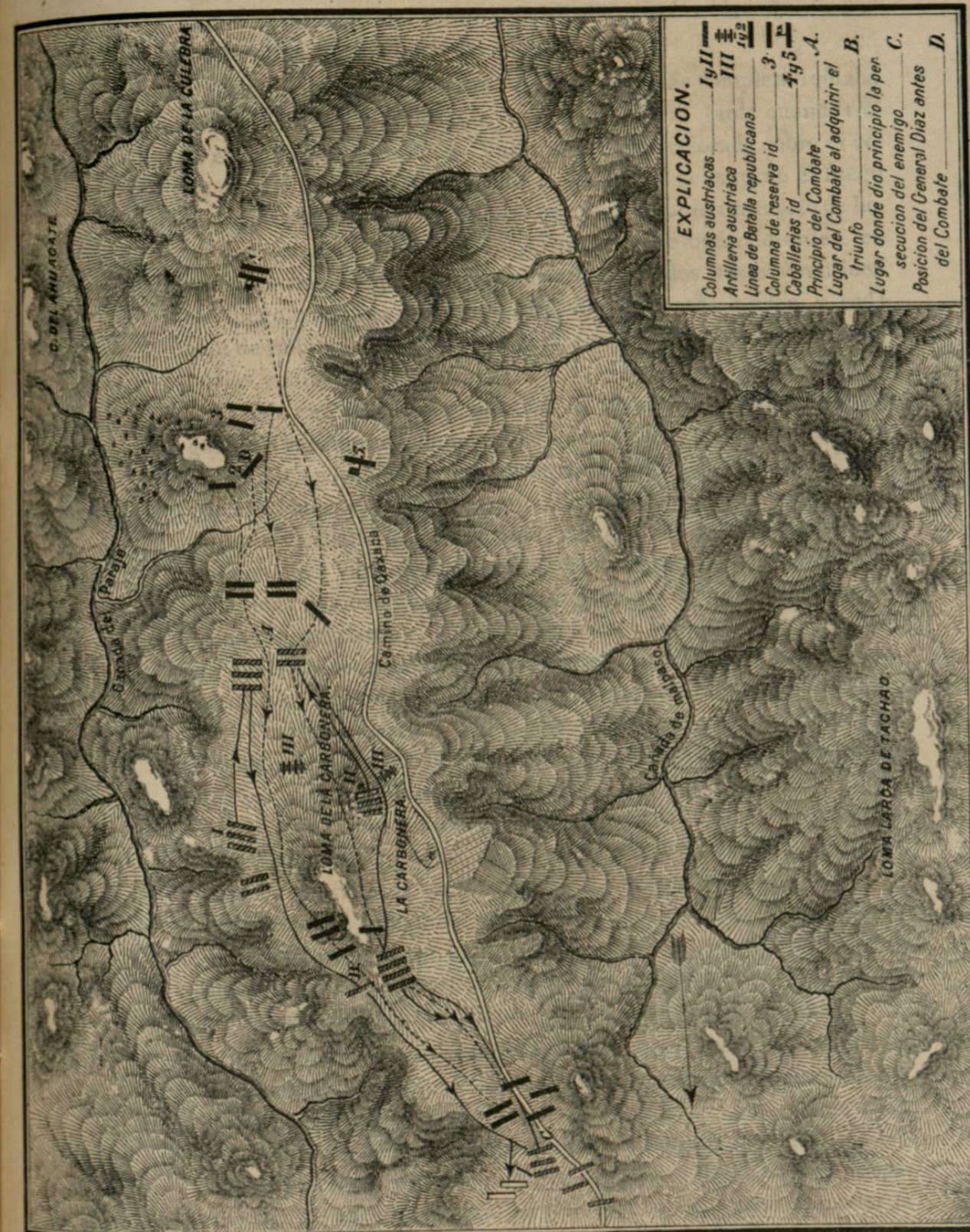
El Supremo Gobierno me perdonará que le dé este parte sinóptico en lugar del detallado, que daré más tarde; pero no tengo tiempo para más, puesto que no debo dar lugar á que se me fugue el enemigo que se halla en Oaxaca con muy buena artillería, armamento, municiones y vestuario.

Tenga Ud. la bondad de felicitar á mi nombre al Ciudadano Presidente por este fausto acontecimiento, aceptando para sí mi conocida consideración y respeto.

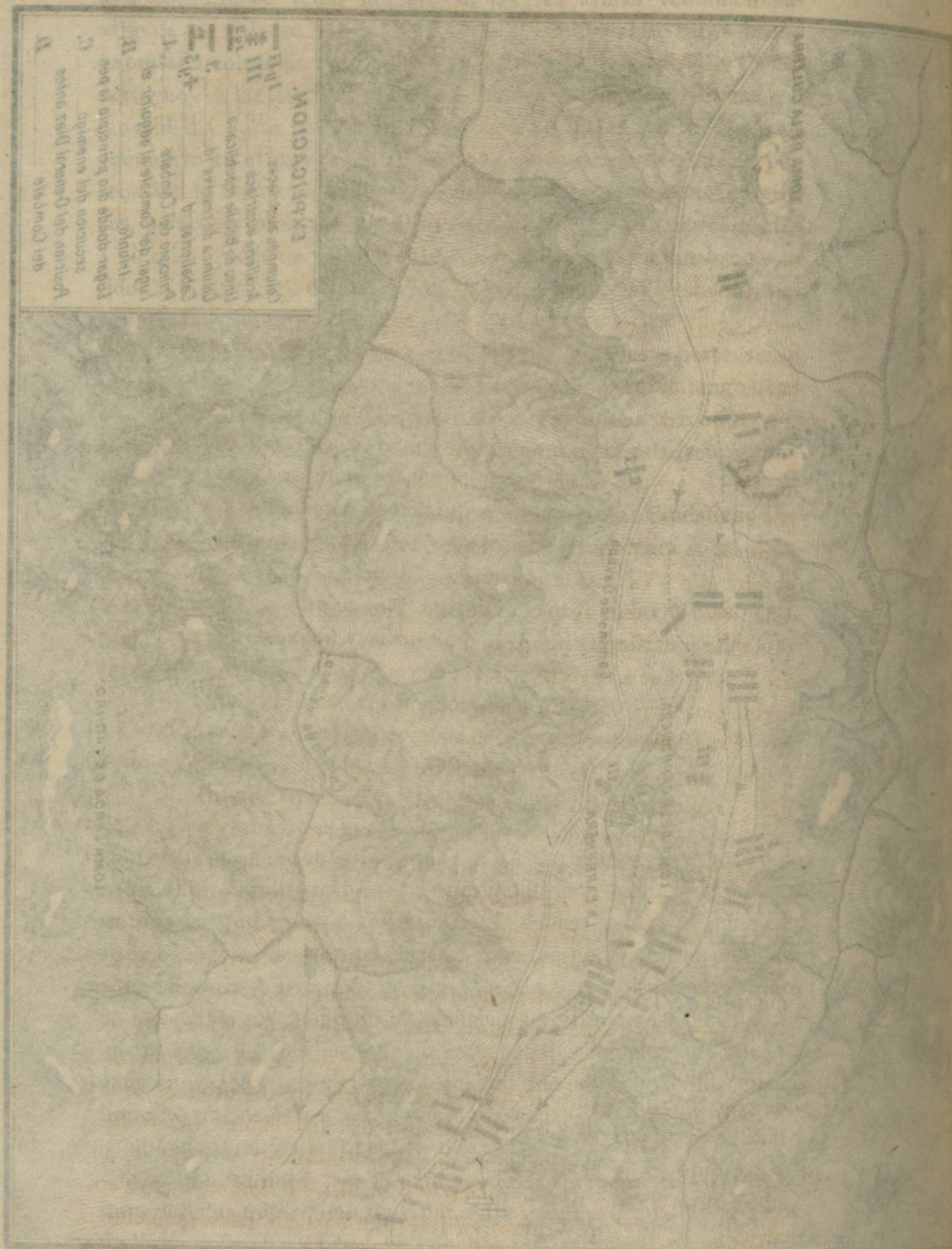
Independencia y Reforma. Cuartel general en las Minas, Octubre 18 de 1866.—*Porfirio Díaz*.—Ciudadano Ministro de la Guerra y Marina."

"Campo de batalla en la Loma de La Carbonera, Octubre 18 de 1866, á las 8 de la noche.—Mi querido amigo.—Antes de todo, si tú tienes algún cuidado respecto á mí, debes sosegarlo pues que estoy sano y salvo. Nosotros hemos obtenido una victoria completa: el enemigo ha tenido más de 200 muertos y sobre 500 prisioneros de los cuales son 7 oficiales: 5 austriacos y 2 franceses; cuatro cañones rayados y todas las municiones y bagajes del enemigo han quedado en nuestro poder. La persecución que se le hizo duró cuatro horas y gracias á la noche pudieron escapar algunos fugitivos escondiéndose en los bosques.

Nosotros salimos por la mañana de Etlá, para encontrar á los imperialistas que venían de Huauclilla y como á una legua antes de la loma de «La Carbonera, tuvimos noticia que el enemigo fuerte como de 1,500 hombres, no estaba de nosotros más que como á dos horas de camino. El General en Jefe nos hizo apresurar el paso para tomar posesión, los primeros, sobre la altura que domina el camino de Nochistlán á San Francisco Huitzo, y apenas llegados y



BATALLA DE LA CARBONERA OCTUBRE 18 DE 1866.



tomado posición, las fuerzas austriacas empezaron á desembocar como á mil metros.

Probablemente ellos no nos esperaban porque aun venían en columna de camino, é inmediatamente formaron en columna por división: la infantería al centro y la caballería sobre las alas, y sus cuatro piezas de artillería en batería.

Este fué un momento solemne; el silencio más completo reinaba en toda la línea, y eran las 2 y 14 minutos de la tarde cuando tronó el primer tiro de cañón. Nuestra artillería colocada sobre el cerro de «La Carbonera» respondió á ese tiro y se empeñó el fuego por ambas partes con la fusilería que duró cosa de un cuarto de hora, que aunque muy nutrido, no introdujo ningún desorden en nuestras filas, porque no sólo nuestros soldados sostuvieron bien ese fuego mortífero con sangre fría, sino que cada bomba y cada bala de cañón del enemigo que pasaba entre ellos, era saludada con burlas y silbidos.

Viendo entonces el poco efecto de los fuegos, el enemigo hizo cargar á su caballería, compuesta de cinco escuadrones de húngaros y húngaros, apoyados por 600 hombres de infantería haciendo fuego por escalones, y, lo confieso, mirando esta masa imponente de infantería y caballería avanzar sobre nosotros, el corazón se me cerró porque antes victoriosa la batalla, entonces podría ser nuestra pérdida; mas mis temores se disiparon bien pronto porque nuestros soldados resistieron el choque á pie firme y fué recibida por un fuego general que siembra la tierra de cadáveres é inmediatamente tomamos la ofensiva.—En este momento la caballería de los traidores Trujeque, Carrillo y Flon, vuelve grupas y toma la huída al galope por el camino de Nochistlán, llevando á la cabeza, según se dice, al célebre Franco, que si no fué el primero á batirse si lo fué en salvarse. Cuatro veces rechazado el enemigo ensaya volver á la carga; pero cada vez tuvo el mismo resultado y entonces formó el cuadro: su artillería en los angulos, y su caballería en las alas.—El General en Jefe, poniéndose á nuestra cabeza, ordena entonces una carga general por la infantería, caballería y reserva, que fué magnífica. Todos nuestros hombres se lanzaron á paso de carga, á los gritos de *Viva la Patria: Viva la Libertad de México.*

*¡La batalla estaba ganada! ¡El cuadro fué deshecho!* Incapaces de resistir un tal empuje los austriacos, que hasta entonces se habían sostenido, se echaron á huir en todas direcciones. Eran las 3 y 10 minutos, la batalla había durado 55 minutos; y estos 55 minutos, gracias al valor de nuestros soldados y á las buenas disposiciones de nuestro General en Jefe, han bastado para anonadar la última esperanza de los traidores en el Estado de Oaxaca, porque hoy el Ejército de Oriente puede decir sin temor, que los fuertes de la Ciudad de Oaxaca han sido tomados sobre el cerro de «La Carbonera». No te hablo de la persecución que duró tres horas y